

LA COMUNICACIÓN ANTES DE COLÓN

Alfonso Gumucio Dagon

La comunicación —que no es un atributo de las nuevas tecnologías, como muchos parecen creer— ha existido siempre, es inherente al género humano y de una manera instintiva al mundo animal en su totalidad. Entre los seres humanos la comunicación es un proceso de intercambio, una puesta en común de señales, símbolos, sonidos o grafías que tienen un significado. Desde su origen etimológico —*comunicare*— la comunicación tiene el sentido de compartir, participar y crear comunidad. Por ello la comunicación es ante todo un proceso horizontal de diálogo, de ahí que resulta tan absurdo olvidarlo y atribuir el término a los medios masivos de difusión, que son por su propia naturaleza verticales y no propician el diálogo.

Para recordarnos que la comunicación ha existido en múltiples formas en las culturas andinas y mesoamericanas está el libro *La comunicación antes de Colón: Tipos y formas en Mesoamérica y los Andes*, un trabajo acucioso que ha desarrollado Luis Ramiro Beltrán con el concurso de Karina Herrera Miller, Esperanza Pinto S. y Erick Torrico Villanueva, todos ellos destacados especialistas de la comunicación en Bolivia.

Luis Ramiro Beltrán, maestro de generaciones de especialistas de la comunicación en Bolivia y América Latina, tiene una trayectoria de cinco décadas, marcada por su compromiso con las políticas de comunicación para el desarrollo y el cambio social. Su obra es extensa y ha merecido reconocimientos en varios países. Aunque no existe ningún otro libro que aborde este tema, Beltrán logró acumular pacientemente, a lo largo de varias décadas, cerca de mil cuatrocientos documentos que son la base de esta investigación.

Hasta ahora, los estudios sobre la comunicación en América Latina solían comenzar con la introducción de la imprenta en México en 1539, es decir, hace menos de quinientos años, mientras que la investigación de Beltrán, Herrera, Pinto y Torrico se remonta a catorce mil años, a las primeras

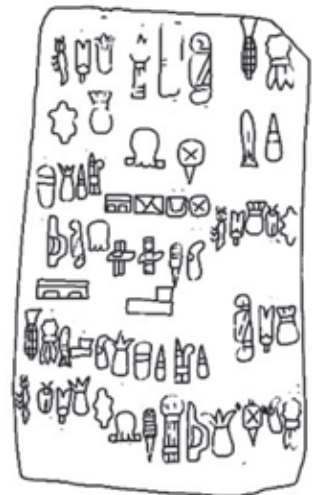


El lector descubre un mundo extraordinario de expresiones artísticas y comunicacionales que confirman el alto grado de desarrollo intelectual de las civilizaciones precolombinas

comunidades que dejaron muestras de organización social y de formas de comunicación. El libro desmonta las historias de la comunicación cuyo punto de partida es “la centralidad de la imprenta” como eje del proceso de “civilización” y coloca en el centro a la comunidad y a la organización social como hechos comunicacionales.

Los autores han puesto especial cuidado en narrar el proceso mismo de la investigación y la justificación del esfuerzo al presentar, en los primeros capítulos, un panorama detallado de las intenciones, la metodología y las dificultades que enfrentaron para llevar adelante el trabajo, además de un esbozo de las culturas precolombinas. No es sino a partir del Capítulo 4, página 75, que el texto comienza a abordar concretamente la comunicación en las culturas mesoamericanas y andinas.

La tesis que recorre el trabajo de investigación está bien fundamentada en esos primeros capítulos. Por una parte, la importancia de demostrar que siempre hubo formas de comunicación en la medida en que existían organizaciones sociales que estaban lejos de ser primitivas. Por otra parte, la evidencia de que no pueden separarse la comunicación de la cultura, pues todas las manifestaciones de la cultura son a su vez formas y tipos de comunicación, desde el lenguaje hasta la vestimenta, pasando por las expresiones artísticas en textiles, cerámica y otros materiales, tan ricas en su variedad.





Los escribas, los pintores de códices son “los antecedentes más remotos de lo que son hoy los profesionales de la comunicación”

La descripción y el análisis de la escritura maya, de las medidas de longitud en la ciencia de los aztecas, o la delicada elaboración de los códices y calendarios, son algunos de los ejemplos que maravillan. Uno se pregunta cómo no se los analizó antes desde una perspectiva comunicacional, cuando son comunicación en su sentido más estricto. Los escribas, los pintores de códices son “los antecedentes más remotos de lo que son hoy los profesionales de la comunicación” (página 163). Son exquisitas las páginas en las que se explora el carácter simbólico de la vestimenta, de la plumería y de los adornos corporales. Nada estaba librado al azar, todo tenía un sentido, todo comunicaba una idea.

En ese sentido el trabajo es amplio, cubre las formas y tipos de comunicación de cada cultura, desde la oralidad hasta la escritura. Con esa visión, el lector descubre un mundo extraordinario de expresiones artísticas y comunicacionales que confirman el alto grado de desarrollo intelectual de las civilizaciones precolombinas, algo que es evidente en la arquitectura, en la cerámica o en el lenguaje.

Mi propia inclinación hacia la poesía me hizo disfrutar, por ejemplo, de las páginas dedicadas a los *cuicatl* (cantos en lengua náhuatl), sobre todo los *cucuechcuicatl* o “cantos de cosquilleo”, que son los cantos de amor y eróticos. El “Canto a las mujeres de Chalco” es un ejemplo precioso: “He venido a dar placer a mi vulva florida, / mi boca pequeña. / Deseo al Señor, / al pequeño Axayácatl. / Mira mi pintura florida, / mira mi pintura florida; mis pechos. / ¿Acaso caerá en vano, / tu corazón, / pequeño Axayácatl?”

Tan sólo la representación de las vírgulas o volutas espirales constituye un aporte gráfico extraordinario para significar la comunicación. Las había floridas para representar el canto, y las simples para expresar la palabra.



Los comunicadores de la época precolombina, que a veces hacían de espías, son personajes extraordinarios: “La excelencia de las estafetas de corredores y de las estaciones mensajeras en la carretera de Tenochtitlán a la costa se demostró a los dos días de haber anclado los barcos de Cortés en la rada abierta de Veracruz; pues ya estaba allí una embajada de Moctezuma, junto a un grupo de ‘reporteros pictográficos’ aztecas, que incluyeron en sus dibujos a los españoles, sus barcos, perros y caballos para informar a Moctezuma”, escribe Krickeberg, citado en el libro.

La parte andina parece menos rica en comunicación que la parte mesoamericana, aunque los autores afirman con certeza que los *quipus* o *kipu* eran una forma de escritura, que no ha podido descifrarse hasta ahora. El debate sigue entonces abierto, mientras no se descifren, sólo podemos afirmar con otros autores que se trataba de un sistema nemotécnico de contabilidad. El expediente de citar a Silverman cuando afirma que “viene a ser texto todo aquello que utilice un símbolo para transmitir un mensaje comprensible por el receptor” no excluye que los *quipus* esperan todavía su Champollion o su Linda Schele.

La comunicación antes de Colón tiene la virtud, entre otras, de reunir bajo un mismo techo muchos estudios parciales que no reflejaban la mirada comunicacional. Es un aporte innovador e importante para acabar —como indica Luis Ramiro Beltrán en su introducción— con el “raro silencio que dolía” respecto a la comunicación de las culturas que precedieron a la llegada de los europeos a América. ■

Alfonso Gumucio Dagron. Boliviano, es escritor, periodista, cineasta, fotógrafo y especialista en comunicación para el desarrollo. Tiene veinte libros publicados (poesía, cuento, testimonio, y ensayo), y ha dirigido una docena de películas documentales. Su trabajo en comunicación lo ha llevado por América Latina y el Caribe, África, Asia y el Pacífico Sur.